

3.3 DUELO Y PARRICIDIO. UNA CONTRIBUCIÓN CLÍNICA A LA PROBLEMÁTICA DEL DUELO EN LA INFANCIA. GABRIEL IANNI*

“Todas las historias están habitadas por los fantasmas de las historias que hubieran podido ser”

Salman Rushdie

I. INTRODUCCIÓN

Este trabajo ilustra el proceso de duelo de un niño de 10 años enfrentado a la pérdida de su objeto amado: la muerte de su padre. Su desaparición recrudece intensos sentimientos hostiles que configuran un entramado psíquico en el cual muerte y deseo de muerte se entretejen, donde muerte simbólica y muerte real se confunden. Un entramado en el cual muerte y parricidio se homologan y donde el padre muerto testimonia la eficacia del presente atemporal del deseo inconsciente criminoso.

A lo largo del proceso analítico la figuración del objeto perdido encuentra diversos modos de expresarse tanto en la palabra como en el dibujo como así también en la actividad lúdica y en la reactualización transferencial.

Es este transitar simbolizante - que solemos conceputar como *elaboración* – el que me convoca a plantear algunas consideraciones sobre la especificidad del duelo en la infancia.

Es mi intención sostener que el destino de la pérdida del objeto parental acontecida durante la infancia - en tanto constituye objeto de identificación y de soporte narcisista - no es el de ser un mero recuerdo, desligado de toda esperanza de reencontrarlo en el porvenir,

como Freud nos propone para pensar al duelo normal. Por el contrario, lo que propongo es que si bien el proceso elaborativo en la niñez parece seguir derroteros comparables con las descripciones del duelo patológico, ello se debe a los deslizamientos que suelen atribuirse desde lo adulto a lo infantil. La infancia le plantea al duelo una problemática paradójica, el objeto perdido debe poder desinvertirse pero mantenerse investido. El niño debe poder renunciar a la posesividad del objeto-padre, debe poder enterrar al muerto, debe poder dejarlo ir sin que le signifique un renunciamiento al padre. El objeto debe poder ser perdido y conservado a la vez.

1. La representabilidad de la muerte

El problema de la representación de la muerte en el niño no es menos complejo que el de su representación en el adulto. En los juegos infantiles el tema de la muerte aparece con frecuencia, así como en los cuentos, en las dramatizaciones y en las series televisivas. Cuando el muerto es figurado, generalmente es resucitable a través de la actividad lúdica misma pero otras veces, en cambio, el muerto como tal es representado detallándose con precisión los motivos de su muerte, la más de las veces, ocurrida por un agente exterior.

No deseo centrar mi exposición sobre la actividad elaborativa de los deseos infantiles o de las situaciones traumáticas padecidas que

el juego permite. Este trabajo parte de la observación clínica respecto de la figurabilidad de la muerte - o del muerto- que determinados niños realizan en sesión; niños que atraviesan procesos de duelo.

La representación misma de la muerte plantea ciertas particularidades. Freud asegura que en el inconsciente no tenemos posibilidad de representarnos nuestra propia muerte y sitúa en "Tótem y tabú" (1912) la necesidad imperiosa del hombre por reflexionar sobre ella por el conflicto afectivo que la muerte crea en los sobrevivientes. Nuestros seres queridos, dirá en "De guerra y muerte" (1915) son "por un lado, una propiedad interior, componentes de nuestro yo propio, pero por el otro, también son en parte extraños y aun enemigos. El más tierno de nuestros vínculos de amor lleva adherida una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconsciente de muerte" (pág. 300).

Duelo, muerte y deseo de muerte parecen formar parte de un entramado psíquico peculiar que podría darle un soporte a la figurabilidad, posibilitando que el aparato anímico construya representaciones con contenido de muerte.

Ya en 1912 Hermine von Hug-Helmut decía que la visión que los niños tienen de la muerte proviene en gran parte de los cuentos que reemplazan los horrores y la crueldad con un final feliz. En cuanto el héroe o la heroína se despierta de la muerte con el beso de un hada buena o un caballero valiente, la tristeza y el duelo se convierten en boda y felicidad. Enfatiza que cuando la figura de un hada no surge de una muerte sangrienta, la fantasía del niño ve en esto el castigo merecido por graves crímenes cometidos.

Sophie de Mijolla-Mellor (1996) ahonda en lo impensable que resulta para un niño responder al enigma del fin de la vida. Para tornar comprensible la muerte construye una teoría sexual de naturaleza sádica donde sustituye el no sentido de la finitud por una escena en la cual lo irrazonable de la muerte deviene pensable en tanto lo atribuye a un deseo imputable a un otro. Si alguien muere es porque un otro alguien deseó su muerte. La construcción de estas teorías contribuye a limitar lo irrepresentable de la muerte; al equiparar morir con matar el niño logra acotar el carácter de lo irrepresentable.

Para Marc Bonnet (1990) la representación infantil del muerto pone en escena un crimen. El niño considera la muerte no como un fin de la vida previsible sino como un hecho provocado y de este modo la muerte puede ser semantizada en tanto traduzca un asesinato. Plantea además que dicha representación nos informaría acerca del trabajo psíquico concerniente a la pérdida del objeto; es decir, la representación que del muerto figure un niño en sesión nos estaría mostrando cómo va transitando un duelo.

Recordemos que en "Duelo y melancolía" (1915) Freud nos dice que el examen de realidad exhorta al yo a quitar toda libido de sus enlaces con el objeto perdido. El trabajo se ejecuta "pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico" (ibid. pág. 243). Es éste el paradigma del trabajo de duelo que considera *normal*. Al menos en el aparato psíquico del adulto. Pero ¿debe este modelo trasladarse "pieza por pieza" cuando hablamos del trabajo de duelo que debe realizar el niño cuando pierde un objeto amado? Éste será uno de los puntos que trataré de explorar a propósito del caso que me ocupa.

Este interrogante - la validez de trasladar el modelo de duelo propuesto por Freud a la niñez - se inserta en un contexto más abarcativo que atañe a las diferencias u homologaciones que frecuentemente suelen deslizarse desde lo adulto a lo infantil. Acompañeme el lector en un pequeño rodeo para retomar más adelante las ideas sobre el duelo en la infancia.

2. Lo infantil a la luz de lo adulto

El niño, en su sustantividad e individualidad, ingresa en la historia de la humanidad tardíamente, del mismo modo que ingresa tardíamente en la historia del psicoanálisis. Este ingreso *a-posteriori* del adulto es grávido en consecuencias. Así, tanto la sexualidad como la neurosis infantil fueron comprendidas y conceptuadas por Freud *a-posteriori*, en el *après-coup* de la neurosis adulta. El pasado infantil fue tiñéndose de las distintas versiones que el adulto en transferencia fue haciendo de cuando era niño. Sin embargo, la neurosis infantil -aquella construcción de infancia que el adulto realiza - puede y debe ser diferenciada de la neurosis de la infancia -aquella que padece el niño.

Raúl Levín (1995) en un interesante trabajo reseña el desconocimiento que se tiene de la sustantividad del sujeto infantil y afirma que “es en el terreno de la sexualidad donde quizás en mayor medida se establecen los deslizamientos de la concepción desde el adulto sobre lo que atañe al niño mismo. Se tiende a atribuir a la infancia una sexualidad que se acomoda a las propias fantasías y recuerdos de la neurosis adulta y de su particular forma de estructurarlas” (pág 627). También “la nosografía infantil ha tomado prestado nombres a la nosología adulta dando cuenta de las dificultades de acceso a la niñez y no contribuye a que se comprendan en su

especificidad manifestaciones (patológicas o no) propias de la infancia” (ibid, pág. 625).

Aun cuando Freud mismo afirme al final de su obra, al referirse al tratamiento analítico con niños, que “Cuando en el tratamiento de un neurótico adulto pesquisábamos el determinismo de sus síntomas, por regla general éramos conducidos hacia atrás, hasta su primera infancia. El conocimiento de las etiologías posteriores resultaba insuficiente tanto para la comprensión como para el resultado terapéutico¹. Ello nos obligó a familiarizarnos con las particularidades psíquicas de la infancia y nos enteramos de una multitud de cosas que no podían averiguarse por otro camino que el análisis, y hasta pudimos corregir muchas opiniones generalmente aceptadas acerca de la infancia. (...) Psicológicamente el niño es un objeto diverso del adulto” (1932, pág 136-137).

3. El duelo en la infancia

¿Debemos entonces, como planteé más arriba, trasladar el modelo freudiano del duelo a la modalidad con que el niño emprende el trabajo psíquico que le depara la pérdida de un objeto amado?

En este sentido, es elocuente Daniel Marcelli cuando plantea “¿por qué todo trabajo sobre depresión en la infancia debe comenzar siempre con una nota introductoria?” Contextualizaría este interrogante en el marco de las reflexiones precedentes: al trasladar los hallazgos freudianos desde lo adulto a lo infantil se imponen salvedades y aclaraciones. Tal vez por este mismo motivo J.C.Arfoyllioux (1986) propone dar vuelta el interrogante de si un niño puede realizar un trabajo de duelo al

¹ - El subrayado me pertenece.

preguntarse no cómo un niño elabora un duelo sino cómo es trabajado por el duelo que le tocó vivir, es decir por la falla que introduce la ausencia definitiva del objeto de amor.

Uno de los avatares posibles a la pérdida del objeto amado es que éste se erija en el yo a condición de una elección narcisista de objeto. Ahora bien, desde las formulaciones sobre el narcisismo del 14 hasta las propuestas del 25 Freud nos advierte que sólo en la pubertad - previa aceptación de las implicancias que acarrea para la mente la diferencia de sexos- las elecciones anaclíticas reemplazarán las anteriores elecciones narcisistas de objeto. Si uniéramos estas dos afirmaciones al modo de un silogismo podríamos concluir que un destino posible del duelo en la infancia es la melancolía. Esta afirmación - que la clínica no corrobora - está planteada para ilustrar los problemas que se suscitan al trasladar categorías nosológicas y formulaciones metapsicológicas desde lo adulto a lo infantil.

II. DESDE EL DUELO CONGELADO HACIA LA ELABORACIÓN

1. Los momentos diagnósticos: la clínica iluminada por la teoría

Ana consulta porque está preocupada por su hijo Juan, de 10 años, quien cursa 5º grado. Tiene problemas de aprendizaje y de conducta. Se distrae, lo ve por momentos abatido, pero lo que más la inquieta es la agresividad física y verbal que tiene con sus compañeros y maestros. Me comenta que el papá de Juan, Francis, falleció hace dos años de cáncer después de casi un año y medio de agonía. También de cáncer falleció el abuelo paterno, cuatro años atrás, cuando Juan tenía

6 años. A la semana del entierro, el único hermano de Francis se entera que también él padece la mortal enfermedad y fallece al año siguiente. Poco tiempo después de morir su hermano, Francis recibe su fatal diagnóstico. "Parecía una maldición, dirá Ana, fue una muerte tras otra".

Juan tiene un hermano, 8 meses menor. Ana quedó embarazada a los dos meses de dar a luz a su primer hijo. Este segundo bebé nació sextomesino, lo que requirió su internación. "Y yo me interné con él...pensé que se moría". El parto provocó el destete y Juan casi dejó de ver a su mamá por 3 meses, momento en que vuelve a casa con su hermanito. Durante ese tiempo quedó a cargo de su papá y de su abuela materna.

Presentaré a Juan tal como él se me presentó la primera vez. Con sus 10 años y contextura robusta, noté enseguida las costras que cubrían sus labios, sus dedos despellejados que dejaban rastros de sangre, sus uñas comidas con vehemencia. Desconfiado y tenso de inicio, en su mirada encontré pronto al Juan con quien tomar contacto.

Le expresé que quería conocerlo, saber qué le pasaba para ver si podía ayudarlo; que podría hacer aquello que deseara y que creyera que me permitiría conocerlo mejor: jugar, hablar, dibujar, contarme un sueño.

Tomó una hoja y comenzó a dibujar.² Grafica cuatro autos con una realización plástica muy lograda. Me dice que "es un museo de autos donde hay cuatro autos exhibidos que

² - Como Juan quemó este dibujo tiempo después, espero lograr "dibujar con palabras" este primer gráfico.

bordean el lugar”; me aclara que “son coches viejos, ruinosos, sucios, en mal estado; nadie sabe muy bien por qué están ahí pero ahí están, congelados en el tiempo” Su museo evoca en mí la imagen de un mausoleo.³ Le digo entonces que creo comprender que él debe ser como un museo habitado por cosas que no sabe muy bien por qué están ahí pero que ahí están; que tal vez quiere que yo sepa de esto porque sobre esto él necesita saber y ser ayudado. Agrega entonces al dibujo un cartelito en el que escribe “no tocar”.

Juan se presenta - y me presenta su mundo - habitado por estos cuatro elementos depositados en su museo: cuatro autos ¿cuatro muertos? A pesar de convocarme a saber de la existencia de estos objetos, me advierte de la fragilidad en juego, de la necesidad de preservar las cosas tal cual son, de la importancia de “no tocar”- no tocarlo. Su museo - mausoleo necesitará ser visitado para poder descubrir allí, con el tacto requerido, cómo su yo está habitado por esos cuatro visitantes estáticos, inanimados, otrora potentes, vitales y pasibles de movimiento. Su/s duelo/s congelado/s me son presentados con la paradójica vivacidad de aquellos muertos y de lo muerto en su interior.

Para comenzar a comprender la complejidad de la naturaleza de estos objetos interiorizados es pertinente retomar la propuesta freudiana en sus trabajos sobre la metapsicología del duelo y la melancolía (Freud, 1915) desarrollada posteriormente en “El yo y el ello” (Freud, 1923). Freud nos

³ - .Es posible plantear que la entrevista con la madre operase en mi mente como un contexto de significación para este gráfico de Juan. Entiendo que esta evocación del “mausoleo” es posible en la medida que “museo” fue conectado con la problemática planteada por Ana y gravitase en mí la expectativa de encontrarme con los estragos de la muerte.

plantea que cuando el yo resigna sus objetos se identificará con ellos y se pregunta acerca de cómo se erigen los objetos dentro del yo.

En el capítulo correspondiente a la identificación en “Psicología de las masas y análisis del yo” (Freud, 1920) postulará que la identificación “es el primer modo (...) como el yo distingue a un objeto”, agregando que el yo querría incorporárselo por la vía de la devoración, según las modalidades de la fase oral canibalística del desarrollo libidinal. Retoma allí las ideas de “Tótem y tabú” (Freud, 1912, 1913) al hablar de la relación entre los hijos y el padre de la horda primitiva: “En el acto de devorarlo llevaron a cabo una identificación con él”.

Estas afirmaciones encierran problemáticas que atañen tanto a las vicisitudes de la identificación como a la investidura de objeto que debe ser resignada. Pero en el texto del 23, afirmará que “si un objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía. (...) Quizás el yo, mediante esta introyección que es una suerte de regresión al mecanismo de la fase oral, facilite o posibilite la resignación del objeto.”

Strachey, en su introducción al trabajo freudiano sobre el duelo dice: “lo más significativo de este artículo parece haber sido para Freud su exposición del problema a través del cual una investidura de objeto es reemplazada en la melancolía por una identificación. En el capítulo III de *El yo y el ello*, Freud argüiría que ese proceso no se restringe a la melancolía sino que es bastante general” (pág 240).

Si me he extendido en estas últimas citas es para suscribir a la idea que Freud utiliza dos

objetologías diferentes, dos modelos distintos de objeto. En una línea de teorización, Freud plantea el presupuesto de que en la vida psíquica no existen más que representaciones y afectos concebidos estos últimos como procesos económicos y dinámicos. Pero otra línea muy diversa es la que puede seguirse desde “Duelo y melancolía” (Freud, 1915) al plantear la existencia del objeto interno, como corolario de la incorporación del objeto. Al aseverar que en el duelo el objeto perdido “prosigue su existencia en forma intrapsíquica”, no quiere decir solamente que queda un recuerdo de él, una representación; sino algo muy diferente: que el objeto que murió en el mundo externo, sigue viviendo en el mundo del sujeto con vida propia y no como mero recuerdo, o como una sombra, según la polisémica frase: “la sombra del objeto cae sobre el yo”.⁴

El estatuto metapsicológico del objeto descrito por Freud en 1915 y en 1923 no es el de una representación sino que posee características semejantes a las instancias psíquicas (yo y superyó), un estatuto de “cuasi - persona”, como lo denomina W.Baranger. Así como en la primera tópica freudiana la noción de objeto queda emparentada a la de representación, con una nota perceptiva-visual fundamental, en el contexto de la segunda tópica se destaca el papel de la introyección y de la identificación, y el objeto cobra importancia como estructurante de la instancia, y como tal, es irreductible a la mera representación. El destino del objeto pasará a ser una hipótesis explicativa de la constitución subjetiva: el yo, el carácter, las instancias psíquicas (superyó, ideal del yo), etc.

⁴ - Esta frase es una metáfora que Freud utiliza para dar cuenta de la incorporación patológica de un objeto perdido dando lugar a una melancolía. Quisiera abstenerme de formular esta conclusión para la infancia, como intentaré demostrar más adelante.

M. Klein nunca abandonará la terminología de la segunda tópica y la objetología fantástica admitirá un uso más laxo de ella al imaginar la mente según el modelo teatral o microsociedad, con especial hincapié en la relación de objeto y el vínculo emocional. El objeto interno será de ahora en más el que polarizará la tendencia hacia la integración -desintegración. El paso de la introyección de objetos parciales a objetos totales amados será decisivo, y su éxito depende de si se ha desarrollado o no una fuerte relación libidinal con objetos parciales.

Volvamos al duelo tal como lo describe Freud, para recordar que el juicio de realidad interviene cumpliendo una función de importancia capital. Cada uno de los recuerdos vinculados a la persona perdida tiene que ser, nos dirá, desactivado, ubicado en el pasado, desligado de toda esperanza de reencontrarlo en el porvenir. El duelo deberá “desarmarse pieza por pieza”. Ahora bien, según Baranger (1980), “el objeto interno no es la suma de estos recuerdos. En el curso de la elaboración de dicho duelo irá sufriendo una modificación progresiva, más o menos lenta según las defensas implementadas por el sujeto. En casos extremos no se producirá ningún trabajo y el sujeto bloqueará la totalidad de sus reacciones y sentimientos frente a la pérdida.”⁵ En estos casos el muerto permanece en cierta forma vivo (...). Este estadio muerto- vivo del objeto se observa con

⁵ - La noción de trabajo en Psicoanálisis encuentra anclajes diversos: trabajo del duelo, exigencia de trabajo para el aparato, trabajo del sueño, etc. Al afirmar que en casos extremos de detención o patología del duelo “no se produce ningún trabajo” entiendo que Baranger se refiere a la idea de que el objeto perdido permanece en el yo sin transformaciones; naturalmente que desde el punto de vista de la economía y dinámica psíquicas esta permanencia implica un enorme “gasto” y *trabajo* del aparato defensivo a los fines de mantener este *status quo*.

regularidad en el trabajo normal de duelo (...) como si el sujeto no se hubiera percatado de la muerte del objeto sino de una forma superficial y no creyera en ella en el fondo". Recalquemos que para este autor el trabajo de duelo consiste en "la paulatina transformación de un objeto muerto-vivo en una representación, en un conjunto de recuerdos como los demás". Propone entonces considerar que el trabajo de duelo supone "una matanza activa⁶ y paulatina del objeto, ya que aceptar el hecho de la muerte equivale a privarlo del tipo de existencia interna que sigue manteniendo". (W. Baranger, 1980, pág. 316).

Decir que implica transformar un objeto interno en una representación vuelve a tensar la problemática teórica de las *objetologías* dado que el objeto interno, dijimos, es un concepto difícilmente homologable al de representación.

No obstante, estas afirmaciones hacen entrar en escena a un tipo particular de objetos internos: los objetos moribundos o muertos. Sabemos, de la mano de Klein que como consecuencia de la entrada en la posición depresiva, el yo teme haber destruido a sus objetos amados; el drama de la posición depresiva consiste en que el yo debe enfrentar el hecho psíquico de la destrucción del objeto en pedazos y proponerse la reparación.

En la melancolía, las cosas no son sencillas; los daños inflingidos se experimentan como atroces y puede surgir como consecuencia la fantasía de albergar objetos moribundos o muertos a los cuales es imperioso revivir. La reparación, sentida como imposible en la medida en que el yo está también identificado

⁶ - El subrayado me pertenece ya que hace a la tesis central de mi trabajo.

con esos mismos objetos dañados, sumerge al sujeto en un estado de desesperación.

Cabe anotar aquí, en referencia al material de Juan que presento, una apreciación clínica interesante de Klein (1935) que se refiere al objeto muerto en el paranoico -el paciente C-.

En regresión desde la posición depresiva, éste tiene la fantasía de haber matado al padre en su interior y este padre muerto es equiparado a un perseguidor interno concretizado en la materia fecal. "Según mi experiencia, la concepción paranoica de un objeto muerto en el interior es la de un perseguidor secreto y siniestro. Se lo siente como si no estuviera completamente muerto y pudiera volver a aparecer en cualquier momento de un modo astuto e intrigante, y parece tanto más peligroso y hostil porque el sujeto trata de deshacerse de él matándolo (el concepto de un fantasma peligroso)" (pág. 289).

Si recordamos "El psicoanálisis de niños" (Klein, 1932) encontraremos allí la afirmación de que la expulsión y proyección del sadismo provoca una multiplicación de enemigos perseguidores. El exceso de sadismo rompe al objeto en pedazos y cada trozo se convierte en un nuevo perseguidor. Klein equipara este mecanismo a la expulsión de las heces; por eso, cuando el paranoide reintroyecta en su fantasía dichos fragmentos rotos del objeto llega a temer a sus propias materias fecales equiparadas con una multitud de perseguidores internos a partir de la reincorporación⁷. Cerca estamos del ensayo de Abraham y su descripción de la melancolía,

⁷ - Elsa del Valle señala con lucidez cómo este objeto moribundo o muerto del paranoico "parricida" coincide con la imagen del Padre Asesinado al que hace referencia Rosolato y que según este autor se funda sobre la renegación de la castración y el sentimiento de omnipotencia

con fantasías de pérdida y de ulterior reincorporación fecal (Abraham, 1924).

Volvamos ahora al dibujo de Juan en su primer hora diagnóstica. Entiendo que su gráfico ilustra el estado en que se encuentra su yo. Un yo visitado o parasitado por fantasmas u objetos muertos - vivos. En el escenario mental encontramos cuatro objetos que a mi modo de ver podrían aludir a sus cuatro objetos de duelo: la madre, el abuelo, el tío y el padre; son estos cuatro autos “viejos, en mal estado, ruinosos y sucios” que adquieren dramatismo y patentizan el punto de congelamiento del duelo.

Siguiendo el esquema simplificado y trazado de manera lineal que plantea Baranger para la elaboración del duelo, dijimos que en casos extremos el sujeto puede bloquear la totalidad de sus reacciones y sentimientos frente a la pérdida. Pero si el proceso de elaboración puede ser llevado a cabo, el objeto perdido aparecerá como un objeto representado en la mente con las cualidades que tuvo antes de morir, para en un segundo estadio adoptar características de enfermo, debilitado o moribundo. Estas cualidades son indicios de que el proceso elaborativo está siendo llevado a cabo. Para retomar la hipótesis planteada por la cual mediante el gráfico se ilustraría el estado en el que se encuentra el yo frente a la pérdida, es posible conjeturar que el congelamiento del duelo se produjo en este segundo estadio⁸. Estas últimas apreciaciones no son ajenas a las teorizaciones kleinianas sobre el duelo. Dijimos unas líneas más arriba que en la posición depresiva el yo se enfrenta al hecho psíquico de la destrucción del objeto

⁸ - Baranger se refiere a la representación que el objeto perdido tiene en el contenido manifiesto del sueño, del mismo modo que Bonnet lo plantea en la figurabilidad lúdica para ilustrar el trabajo psíquico concerniente a la pérdida del objeto. Recordemos que el juego infantil sigue los mismos principios psicológicos que el sueño.

en pedazos y que se propone su reparación, pero que si por el monto del odio el yo teme haber destruido a sus objetos amados puede surgir la fantasía de albergar en su interior objetos moribundos o muertos a los que deberá revivir.

Los cuatro autos se encuentran emplazados de forma tal que “bordeaban el lugar”, marcando las fronteras del Yo a la vez que encuadran, delimitan y contornean su perímetro. Con cualidades deterioradas, Juan los sitúa en un espacio-museo testimoniando que su significación debe ser conservada *intacta* figurando de manera condensada tanto el esplendor perdido como el estado ruinoso del momento actual.

Este museo conserva sus objetos internos “congelados” en el tiempo pero a costa de la pérdida de algunas de sus cualidades esenciales: el auto, símbolo fálico a la vez que con capacidad continente, representante del movimiento, de la velocidad y de la autonomía ha quedado despojado de estos atributos para convertirse en un objeto inanimado, sólo para ser “exhibido”, como esos objetos de museo “que están ahí nadie sabe muy bien por qué”, sin que se deba “tocar”. Reparemos que Juan nos advierte que dichos objetos no sólo no están desaparecidos sino que por el contrario “están exhibidos” en un lugar que rinde tributo a un glorioso pasado ¿perdido? ¿destruido?...

2. Los primeros tiempos del análisis: una secuencia clínica

a) La muerte en el dibujo y su figuración en el juego

La temática de este museo irá cobrando importancia durante los primeros tiempos de su tratamiento; los autos “frágiles, ruinosos y a punto de derrumbarse” a veces ó que “sobreviven intactos al paso del tiempo” permitirán semantizar la naturaleza de estos

objetos vivo - muertos que Juan alberga en su interior. Lentamente los autos comenzarán a volver a la vida. Sorpresivamente desde algún caño de escape empezará a salir humo, “señal de que el motor todavía funciona”. Como elementos sobredeterminados participarán en carreras de autos que a grandes velocidades se estrellan o se incendian; servirán como vehículos de fuga tanto para ladrones como para policías. Pero sistemáticamente quedarán destruidos, “torpedeados con bombas incendiarias” tanto por “los buenos” como por “los malos”. Este itinerario lúdico, plasmado en sus dibujos, nos permite asistir a los intentos desesperados del yo por reparar y revivir a sus objetos internos. Reparación que fracasa por el montante de odio que lleva a confundir bueno de malo.

Poco tiempo después, la acción comenzará a desarrollarse en Nueva York: ladrones que se tirotean con policías, “truchos” que abandonan a sus familias y que se trasladan a esa ciudad “haciéndose pasar por muertos” o que se “infiltran como polizontes de contrabando” irán poniendo de manifiesto las distintas fantasías de Juan: que su mente está poblada de infiltrados, de “truchos” pero fundamentalmente que su padre está vivo en otra parte.

Una viñeta del tercer mes de tratamiento, a modo de punto de partida:

Juan dibuja como en las sesiones anteriores la ciudad de Nueva York. Dice: “El usurpador trucho está escondido pero la policía ya fue avisada; también vino la ambulancia por si hay heridos y un helicóptero”. Su insistencia por la mencionada ciudad me era enigmática, le pregunto: ¿por qué Nueva York?, y con ojos llenos de lágrimas me cuenta de un viaje que realizó con su familia a esa ciudad cuando su padre estaba enfermo. Habían tomado un

barco para visitar la Estatua de la Libertad y en ese viaje el padre se descompuso. “Tuvo que venir un helicóptero a llevárselo al hospital y se fue con mi mamá. Cuando terminó el viaje a mi hermano y a mí nos subieron a un taxi que nos llevó al hospital. Estábamos los dos solos y yo tenía miedo de llegar al hospital y encontrarme a mi papá muerto”. Es en esta sesión donde Juan habla por primera vez de la enfermedad y la muerte de su padre.

Quisiera presentar las sesiones de la semana posterior a la viñeta arriba mencionada, para ilustrar el despliegue de algunas fantasías de Juan en torno de la muerte del padre.⁹

En la sesión siguiente continúa su dibujo retomando el personaje del “usurpador trucho”¹⁰:

J: -Este era un señor que perdió a su familia. Se había ido lejos un tiempo, en avión, pero se enteraba por las noticias de que el avión se había estrellado, que todos fueron víctimas del accidente, que no hubo sobrevivientes. Pero éste estaba en el vuelo y había sobrevivido. Entonces vino este otro tipo (dibuja un segundo personaje), tomó la apariencia del padre y se quería hacer pasar por él. Y la gente le creía porque el verdadero estaba

⁹ - Si hago referencia a la temática de la muerte *del padre* es porque es lo más cercano al material que Juan me comunica. No obstante ello, creo que desde la imago paterna están entrelazadas las imagos de los demás objetos perdidos, objetos de duelo. Permítaseme apoyar esta afirmación en la propuesta kleiniana *un duelo recapitula todos los duelos anteriores*. Como me lo sugiriera el Dr. H. Etchegoyen: “si el niño se cura elaborando el duelo por el padre no veo la necesidad de remitir su conflicto al duelo por la madre, que por otro lado no es más que una premisa teórica.”

¹⁰ - El que recurra a un dibujo de la sesión anterior, hecho no habitual en él, muestra la conexión temática del material.

desaparecido. El hijo pensaba que éste no era el verdadero padre; que el verdadero padre estaba muerto.

A: Hay dos versiones de esta historia. Alguien piensa que el padre está vivo mientras otro alguien piensa que está muerto.

J: Sí. Claro. El usurpador se quería hacer pasar por el verdadero, tener el mismo aspecto y el carácter del padre; y se hizo operar: contrató a los mejores cirujanos, les mostró la foto del verdadero y lo hicieron igualito, igualito.

A: Si es igualito, igualito, es como si no lo hubiera perdido

J: (compara ambos personajes) Igualitos, igualitos no me salieron.

A: En el dibujo. A lo mejor las ganas es de que vuelva, que no esté lejos ni desaparecido. Querés tener otro papá igualito, igualito, si no, que esté muerto es perderlo.

J: Ajá. Al usurpador lo descubrieron tan rápido que... bueh! lo descubrieron y lo detuvieron. Por instalarse en éste; porque el carácter no se lo cambiaron. ¡Una persona no se puede cambiar por otra! ¡No se puede cambiar una persona por otra! Pero el verdadero usurpador se escapó. Se subió a un auto (que dibuja) y quería venir a matar al verdadero. Se metió en la casa pero primero le rompió todo el auto. El verdadero se enteró de lo que quería hacer y se vino corriendo. Entró y vio su auto todo destrozado, hecho mierda. El auto le chupaba un huevo ¡pero el hijo!. Uno de los chicos estaba muerto acá, en la cocina; y el otro se

había escondido. El padre entró corriendo y gritó: ¡chicos, chicos! y en ese momento tiraron al nene por la escalera, lo desfiguraron con un palo y lo golpearon. Los matones - que ahora eran cuatro - llenaron todo con nafta y prendieron fuego a la casa. Y al chico lo iban a tener que internar rápido. Y empezaron a caer los escombros del techo. Se subieron rápido al auto (imita ruidos de velocidad) y tenían que llegar rápido al hospital porque era una emergencia; ¡el chico se moría si no lo atendían rápido!

A: Me traés desesperado al chico moribundo para que lo atienda porque con todo este lío de ladrones, usurpadores, muertes y destrozos está en estado de emergencia.

J: Por suerte llegaron a tiempo; y como lo atendieron, ahora estaba un poco mejor. Pero no tenían casa. Apareció el tío del chico acá. ¿Y sabés lo que hicieron? Los metieron en un cajón y los metieron en la pared, al padre, al tío, al chico muerto y al nene. Acá los metieron al vivo con los muertos, todos en esta pared.

A: Necesitás saber dónde están tus muertos.

J: Ahí adentro... Y se metió para saber y lo taparon con las maderas y se quedó encerrado.

A: Querer saber es peligroso. Podés terminar metido vivo, encerrado dentro de los muertos.

Segunda sesión:

J: Este era un tipo (dibuja el personaje) que se iba de viaje; fue en un taxi, de los grandes como los que hay en Estados Unidos y se fue al aeropuerto (dibuja el avión); se iba a Nueva York.

A: Vos debés ser el personaje y querés viajar a N. York para saber qué pasó... la sesión debe ser el avión.

J: Se fue en el primer vuelo que consiguió. Llegó y se compró un auto así no más para tener algo con qué moverse y se compró este usado (lo dibuja). Pero el auto se rompió. Se compró otro (hace intentos de dibujar pero los va tachando); ¡pero siempre se encontraba con autos rotos que no servían!

A: Nunca puede dejar atrás las cosas rotas, que no sirven... siempre se las vuelve a encontrar...

J: Bueno. Pero estos (los autos tachados) hacé de cuenta que no existen...

A: Pero están ahí, a la vista.

J: Es cierto... y un día iba a aparecer alguien muy inesperado... y apareció un roto al que le habían sacado todo, se había quedado sin nada ahora...

A: Yo creo que me estás contando cómo vos te sentís, como un roto al que le sacaron todo y se quedó sin nada.

J: Se quiso hacer al estilo del otro (refiriéndose al primer personaje). Cuando lo ve dice: "¡Este es mi idéntico! ¿Quién es?" (Desarrolla un diálogo entre ambos personajes):

P2: ¡Soy tu yo de hace mucho tiempo y te voy a reventar!

P1: ¡Pero si me matás a mí te matás a vos!

P2: ¡Te aseguro que estás equivocado!

Y le pegó un balazo; y cuando se desmaya y se cae se pone a soñar con toda su vida: de cuando era chiquito, de cuando fue creciendo, porque estaba tirado en coma... como si se despidiera de la familia, de su esposa, de sus hijos; y acá soñaba con todo esto, de cuando se compró su primer auto... y soñaba que había una luz muy blanca con muchos ángeles alrededor, como si le pasara toda la vida y se despidiera del mundo "chau" y una mano acá le decía: "Bienvenido al cielo". Y alguien se tiraba como diciéndole: "¡Esperá, esperá. No te mueras. Esperame!"

A: Eso me pedís que haga yo, que te frene y te rescate para que no tengas que morirte vos también.¹¹

¹¹ - Al revisar retrospectivamente esta interpretación creo que ella proviene de una perturbación contratransferencial frente al impacto que produjo su relato en mí. Ella me indujo a

J: Era el hijo. (Dramatiza el diálogo): -"¡Papá, papá, esperame!" - "¡Me voy!" -"¡No.No! ¡Esperame!". Éste, al hijo no lo pudo conocer mucho. Todo esto pasaba mientras soñaba antes de morir. - "Chau", le dijo. Y el chico quería agarrarlo, como para retenerlo y que no se vaya. Pero se le apareció el cartel de "Muerto, muerto" (lo dice en tono lúgubre). Y después se le apareció como una cara muy fea, como la de un diablo que le decía: "¡Muere, muere!"

A: En tu sueño el hijo tiene que morir también.

J: Porque no lo salvó. El diablo lo odiaba porque no lo pudo salvar y tenía que pagar con su vida. Pero todavía el hijo no se murió. Antes vio las caras de los que se habían muerto antes que él... el padre de él, que también se había muerto antes que él... su hermano se le apareció también...

A: En tu sueño se confunden el sueño del padre y el sueño del hijo.

J: Era todo en su imaginación... y se murió. Y entonces se le apareció el cartel: "Soy un hijo de puta".

A: Sintiéndote culpable y teniendo miedo de morir por no haber salvado a papá ni a los que murieron antes que él

En la tercera sesión continúa la temática planteada pero escenificada ahora en la dramática del juego:

Juan saca de su caja de juego unos árboles que distribuye sobre el escritorio; mientras va sacando los playmobil dice:

J: Era la selva y en este pueblo había un presidente y un rey. (Coloca un playmobil en un extremo y en otro sienta un muñequito en un trono). Relata: Uno era... como el doble del otro... pero uno era ladrón; había matado y robado. Era un asesino que había dejado a la gente sin lo que más necesitaba para vivir y entonces el pueblo lo odiaba. Al otro rey lo querían. (Pone a los demás playmobil sobre los caballos y se disponen a perseguir al presidente odiado que huye al galope). Lo odiaban muchísimo por ser ladrón.

A: El pueblo odia al papá ladrón que te dejó sin el papá que necesitas para vivir.

J: Acá aparecía muerto (señalando el centro del escritorio). Ésta era como una placita en el medio de la selva, un lugar apartado... Viene uno (otro muñequito) y encuentra el cadáver después de muchos años (coloca un cerco alrededor del muerto). Lo saca y lo entierra. (Hace la tumba, coloca al playmobil del muerto dentro y lo tapa con un bloque. Delante pone un bloqucito de Lego). Talla el nombre en una piedra para que sepan quién es (Elige la bandera francesa - de las muchas que existen en su caja - y la pone delante de la tumba). Porque era francís (lapsus).

A: ¡Ah! es el entierro de Francis...

imponerle una fantasía maníaca de curación: frenarlo y rescatarlo de la muerte, es curarlo. De este modo yo "me tiro" y le digo "esperá, esperá" no sigas al muerto.

J: (Aparece por detrás de la tumba el personaje de Flash, un muñeco que tiene en su caja). Es el espíritu agradecido del padre; le agradece haberlo dejado morir en paz y le pide a este flaco que entierre en este mismo lugar a todos los demás miembros de su familia que andan medio tirados por ahí, en la selva. (Entretanto el rey amado sigue sentado en su trono observando la escena).

b) Algunas consideraciones sobre esta semana de análisis

En “El poeta y el fantaseo” (1907) Freud equipara la actividad del poeta con la del niño que juega y afirma que todo niño que juega es un poeta, creándose un mundo propio o, más exactamente, situando las cosas de su mundo en un orden nuevo, grato para él y apuntala los objetos o circunstancias que imagina en objetos tangibles y visibles del mundo real. Si hago referencia a esta cita es para remarcar cómo Juan *apuntala* experiencias vividas en sus dibujos: la ambulancia, el helicóptero y Nueva York; la muerte del padre, del tío, del abuelo, etc.

También nos dirá, a propósito del *juego del carretel* que la actividad lúdica expresa *ese más allá* de distintas situaciones traumáticas. Considero que desde el punto de vista de la realidad psíquica ya no importa si se trata de *reminiscencias* traumáticas o de fantasías.

En “Los dos principios...” (Freud, 1911) repara en la dificultad de diferenciar las “fantasías” de los “recuerdos” que emergen en la conciencia y propone entonces, que se medite sobre el sueño de un individuo luego de la muerte de su padre. Lo interpreta como el “recuerdo” de un deseo de muerte respecto al padre que ha provocado un sentimiento de culpabilidad que la muerte real aviva. El texto del sueño dice: “Su padre estaba de nuevo con vida y hablaba

con él como solía. Pero él se sentía en extremo adolorido por el hecho de que el padre estuviese muerto, sólo que no sabía” (ibid, pág. 230). Freud concluye que se trata del conocido caso en que el sujeto se hace a sí mismo los más duros reproches después de la pérdida de una persona querida, y el reproche retrocede en este ejemplo a la significación infantil del deseo de muerte contra el padre.

Avancemos un paso más para encontrar el artículo sobre el fetichismo (Freud, 1927) en que propone - no por casualidad, agregaría - ejemplos sobre la renegación de la muerte real del padre en dos pacientes. El análisis de dos jóvenes le reveló que ambos - uno a los dos y el otro a los diez años de edad - habían “escotomizado” la muerte del padre amado. “Una parte ciertamente considerable de la realidad había sido repudiada por el yo”. Freud se pregunta entonces, no habiendo desarrollado luego una psicosis, cómo puede el yo desasirse de la realidad. Afirma que los dos jóvenes “no habían “escotomizado” la muerte del padre. Sólo *una* corriente de su vida psíquica no había reconocido la muerte del padre pero existía otra que se percataba plenamente de ese hecho. Una y otra actitud, la consistente con la realidad y la conformada al deseo subsistían paralelamente” (ibid, pág. 292).

Este tema será retomado posteriormente en “La escisión del yo...” (1938) donde afirma que “ambas partes en disputa han recibido lo suyo: la pulsión tiene permitido retener la satisfacción, a la realidad objetiva se le ha tributado el debido respeto (...) El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo...que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el correr del tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo” (pág. 276).

¿Es la renegación un fenómeno habitual en la infancia? ¿O acaso en el niño ciertos mecanismos no son tan dañinos como en el adulto? ¿Acaso la plasticidad de la mente infantil lo preserva? ¿Será que el juego permite un modo diferente de elaboración?

Espero haber podido mostrarle al lector en la presentación clínica anterior el penoso conflicto de Juan entre aceptar la muerte real del padre y las distintas defensas que se le oponen, siendo la renegación un mecanismo central. Es importante poder evaluar cuándo este mecanismo posibilita una *moratoria benéfica* para que el aparato anímico pueda metabolizar el hecho traumático de la muerte; para distinguirlo de cuándo, por el contrario, crea condiciones patológicas de duelo al erigirse rígidamente como único mecanismo defensivo (M.L.Pelento, 1998).

Examinemos la última escena presentada. El padre amado y el padre odiado son mantenidos separados. Aunque los reconoce “a uno como el doble del otro” son, no obstante, objetos claramente diferenciados. En el centro de la selva, en un lugar apartado, en una placita, se lleva a cabo el entierro del padre graficando - a mi modo de ver - la escisión yoica arriba mencionada.

La aparición del personaje de “Flash”, que en el texto manifiesto representa “al espíritu agradecido del padre” abre otra línea interpretativa que me lleva a plantear ciertas reflexiones. El padre- rey -admirado- amado es el soporte que sostiene la escena dramática que se desarrolla. En ella un padre odiado es enterrado y en su lugar surge un padre glorioso, “Flash”, un padre idealizado, un super-héroe.

Quisiera detenerme en algunas consideraciones respecto de la naturaleza de este último personaje. Como sabemos, para Klein (op. cit.) la idealización es un mecanismo esencial en la mente del niño para hacer frente a los temores persecutorios que surgen como resultado de su propio odio. “Es necesario que se hayan aliviado suficientemente las ansiedades mediante experiencias¹² que incrementen el amor y la confianza, para establecer un proceso tan importante como lo es el de juntar los varios aspectos de los objetos (externos, internos; bueno, malo; amado y odiado) y así mitigar el odio por el amor, con la consecuente disminución de la ambivalencia” (pág. 351). Junto a la idealización, la negación cumple un rol fundamental, ya que sin una negación parcial y temporaria de la realidad psíquica, el yo no podría soportar el desastre por el que él mismo se siente amenazado.

Si me importa destacar lo que acabo de mencionar es para enfatizar que mediante el juego, Juan no sólo externaliza fantasías, sino que el escenario lúdico mismo propicia la creación de experiencias que permiten la negación parcial y temporaria de la realidad psíquica. En mi opinión el juego es también productor de subjetividad.

Omnipotencia, idealización y negación, tan íntimamente relacionadas con la ambivalencia, pueden permitir al yo afirmarse en su desarrollo.

Podríamos inferir que Juan tiene un vínculo ambivalente con su padre y que recurre a la idealización de un aspecto de éste - aspecto que se concretiza en un otro objeto, Flash - como un modo de negar el sentimiento que la

¹² - El subrayado me pertenece.

muerte del rey le depara. Esta situación podría ser concebida como un triunfo sobre el objeto, de indudable tinte maniaco, ante la imposibilidad de repararlo. Las defensas maníacas encerrarían al yo en un círculo vicioso en el que la persecución se vería incrementada. Pero sin desestimar la cualidad maníaca que tiñe esta personificación, quisiera recalcar el papel de la reparación maníaca como un paso necesario -aunque defensivo - en el camino hacia la integración y la reparación depresiva. Una perspectiva que acentúe exclusivamente el carácter defensivo de negación de la realidad psíquica, correría el riesgo de pasar por alto las tendencias hacia el desarrollo, la integración, la elaboración y el crecimiento mental¹³. Recordemos que Flash es “el espíritu agradecido del padre, y le agradece que lo haya dejado morir en paz”.

De este modo Juan escenifica la necesidad de crear - o recrear- un personaje inmortal y poderoso que sobrevive al ataque de sus impulsos hostiles; al mismo tiempo es un personaje ideal que hace posible que se puedan establecer las requeridas disociaciones del objeto en “interior, exterior; bueno, malo; amado y odiado”.

3. Ambivalencia y Complejo paterno en el proceso analítico.

¹³“Durante el duelo normal el sujeto atraviesa por un estado maniaco depresivo modificado y transitorio.(...)El mayor peligro para el sujeto en duelo es la vuelta contra sí mismo del odio hacia la persona amada perdida.(...) Una de las formas en que se expresa el odio son los sentimientos de triunfo sobre la persona muerta(..) El sujeto en duelo se alivia recordando la bondad y buenas cualidades de la persona perdida y esto en parte debido a la tranquilización que experimenta al conservar su objeto de amor idealizado.” (M. Klein, 1935, pág 356, 357)

a) Odio, muerte y parricidio: los destinos de la identificación.

Nos habíamos referido al vínculo ambivalente de Juan con su padre. Sabemos que en el proceso del duelo, cuando en el sujeto domina el odio hacia el objeto amado perdido, éste se transforma en un perseguidor y así se altera el proceso de idealización.

Al interpretarle en sesiones posteriores el odio contra el padre abandonante, Juan respondía: “No es a mi papá a quien odio (“Made in Germany” de la negación, diría Freud) es a Dios. Mi papá no tuvo la culpa, Dios me lo robó... pero no puedo odiar a Dios porque se supone que Dios es bueno... cuando lo odio me siento muy mal, me quedo con mucho cargo de conciencia...”

El conflicto de ambivalencia - ahora devenido manifiesto - frente a la imago paterna es resuelto entonces, mediante la escisión; la imago odiada es trasladada, por proyección, a Dios, desplazamiento que le permite esquivar el conflicto de ambivalencia y conservar la relación tierna con el objeto paterno. Pero es ahora con Dios donde se figura el conflicto.

Asustará a Juan un insomnio que no lo dejará dormir en toda la noche. Recién al amanecer podrá conciliar el sueño. “Cuando me estoy por dormir veo una sombra que me mira y me asusto. Sé que no hay nadie, me tapo los ojos pero igual siento que está ahí, en mi pieza; y asoma la cabeza y me mira. A veces me puedo levantar y me escapo al living y me quedo mirando por la ventana toda la noche hasta que veo aparecer la luz del sol. Recién ahí me tranquilizo y me puedo ir a dormir.” Este sentimiento de persecución irá anudando odio, muerte y parricidio.

Que la imago paterna sea simbolizada en la representación de Dios nos recuerda, indubitadamente, a ciertos hallazgos que Freud nos trae en “Schreber” (1910) y en “Una neurosis demoníaca del Siglo XVII” (1922). La Sombra y el Sol, Dios y el Diablo son sustitutos del padre de la infancia. Sabemos que una representación de contenidos contrarios -ambivalente- se descompone en opuestos nítidamente contrastantes.

Volvamos al insomnio para retomar algunos elementos ya anunciados en las primeras sesiones que presenté. Con sus dibujos Juan nos hablaba de sus temores y fantasías respecto de que un hijo debía, inexorablemente, seguir el destino del padre. Ya allí podría haber hablado de la ideación suicida que lo aquejaba, pero fue sin embargo a partir del insomnio que esta situación pudo ser comprendida. Un avatar posible del duelo es la identificación del yo con el destino del objeto.

Una piedra angular del pensamiento freudiano es, sin duda, el denominado Complejo paterno, íntimamente vinculado al Complejo de Edipo, siendo la clave de todo desarrollo, tanto normal como patológico.

Para Freud, la relación del niño varón con su padre es intrínsecamente ambivalente, afirma en “Dostoyevsky y el parricidio”.¹⁴ Junto al odio, que querría eliminar al padre como rival, está presente cierto grado de ternura. “Ambas actitudes se conjugan en la identificación-

¹⁴ Si elijo este texto, de 1927, es porque en él retoma muchas de sus formulaciones sobre el tema que nos ocupa. Y fundamentalmente porque es posterior a sus descubrimientos sobre el Edipo (1923), (1924); en el marco de la segunda tópica (1923) y de la segunda teoría de la angustia (1926).

padre; uno querría estar en el lugar del padre porque lo admira y porque quiere eliminarlo. Ahora bien, todo este desarrollo tropieza con un poderoso obstáculo. En cierto momento el niño comprende que el intento de eliminar al padre sería castigado por él mediante la castración. Por angustia de castración resigna el deseo de eliminar al padre. Y es este deseo, en la medida en que se conserva en lo inconsciente, el que forma la base del sentimiento de culpa. (...) Las consecuencias de la represión del odio al padre no se agotan aquí. Hay algo más, la identificación-padre se conquista a la postre un lugar duradero dentro del yo. La llamamos superyó (...) la relación entre la persona y el objeto-padre se ha mudado, conservando su contenido, en una relación entre yo y superyó, una reescenificación en un nuevo teatro. Tales reacciones infantiles provenientes del Complejo de Edipo pueden extinguirse cuando la realidad no les aporta alimento (...) es peligroso que la realidad cumpla tales deseos reprimidos. La fantasía ha devenido realidad, y entonces son reforzadas todas las medidas de defensa”.¹⁵(pág.178)

Recordemos la descripción que hiciera de Juan: las costras que cubrían sus labios, sus dedos despellejados con rastros de sangre y sus uñas comidas con vehemencia; retomemos su temor a dormirse y el sentimiento angustioso de estar siendo observado; el diálogo entre los dos personajes de la segunda sesión presentada: - “soy tu yo de hace mucho tiempo y te voy a reventar” (a lo que el otro responde): - “pero si me me matás a mí te matás a vos” y el Diablo que lo odia porque no salvó al padre. Vemos aquí, indudablemente, una identificación con el padre muerto con un claro componente autopunitivo. La relación entre Juan y su objeto-padre se ha mudado, conservando su contenido, en una relación entre el yo y el

¹⁵ - El subrayado me pertenece.

superyó que castiga por los deseos criminosos.¹⁶

En “Lo ominoso” Freud (ibid, 1919) conecta “lo siniestro de la muerte con la evocación de los cadáveres en el retorno de los muertos, los espíritus y los fantasmas; (...) el muerto deviene enemigo del sobreviviente y tiene la intención de arrastrarlo con él, para que comparta su nueva existencia”. Y el niño del dibujo debe seguir al padre y al destino inexorable que lo aguarda. Recordemos, además, que para Freud el destino no es más que el superyó devenido impersonal.

Al igual que los síntomas de Dostoyevsky, lo que Juan nos cuenta “significa una identificación con un muerto, una persona que efectivamente falleció y cuya muerte se desea. Uno ha deseado la muerte de otro, y ahora uno mismo es ese otro y está muerto. En este punto la doctrina psicoanalítica introduce la tesis de que, en el caso de los muchachos, ese otro es por lo general el padre, y los síntomas que padece son entonces un autocastigo por haber deseado la muerte del padre odiado. Según una conocida concepción, el parricidio es el crimen principal y primordial tanto de la humanidad como del individuo y es la principal fuente del sentimiento de culpa.” (Ibid, pág 180)

Volviendo al material, diremos entonces que el padre odiado y enterrado en su juego no es otro que el padre odiado de su infancia, y el espíritu de este padre - proyectado luego en Dios- no es sólo un “espíritu agradecido que lo dejó morir en paz” sino también un espíritu

maligno y vengativo, el padre al que deseó su muerte; el personaje de Flash atestigua el sentimiento de triunfo frente a la muerte con las consideraciones ya mencionadas a la vez que expresa el deseo de revivirlo. El triunfo maniaco sobre el objeto niega no sólo el dolor y el sentimiento de persecución que acarrea la muerte del padre sino que también intenta poner distancia frente a los temores retaliativos en seguir el destino del objeto.

Conjuntamente con sus temores traerá a la escena analítica recuerdos tiernos de su padre, de cuando jugaban juntos, de los fines de semana “en la quinta de la familia de papá”. Hará intentos de explicarse lo inexplicable de su muerte: “Para mí que mi papá se enfermó cuando vendió la quinta. Me acuerdo que cuando nos íbamos tuvo que parar el auto para vomitar. Se enfermó porque perdió algo que quería mucho y no lo pudo soportar.”

De este modo Juan comienza a acercarse a la idea de que sus síntomas son el producto de “haber perdido algo que quería y no haberlo podido soportar”. Irá pudiendo pensar en las implicancias que tuvo para él la muerte de su padre. En la escena analítica irrumpirán dramáticamente sus impulsos criminosos y su sentimiento de culpabilidad en la medida en que un padre vivo puede ir instalándose en su interior.

b) La muerte en la transferencia: castración y parricidio.

Juan había propuesto un juego desde hacía tiempo atrás. Con cartas y fichas de dominó teníamos que construir cada uno su propia casa. Comenzó siendo un juego de habilidad que permitió semantizar fantasías en torno a la necesidad de re-armar-se, de recomponer su mente. Posteriormente lo utilizó como un

¹⁶ - Es importante consignar que Freud no vacila en concebir los síntomas de Dostoyevsky - sus ataques epilépticos- como síntomas histéricos, producto de su deseo parricida castigado por el superyó.

Número 2

juego de competencia: ver quién utilizaba más cartas en armar una casa sin que se le cayeran. Esto trajo al escenario analítico fantasías fálicas y de rivalidad edípica.

Llega a sesión, saca los mazos de cartas y las fichas de dominó. Dice: hoy me levanté medio mareado, con dolor de cabeza... (Empieza a armar su casa y yo la mía).

A: El dolor de cabeza, el mareo, es preocupación. Me parece que son pensamientos que te tienen preocupado.

J: Más dolor de cabeza que mareo.

A: Son preocupaciones que te generan dolor.

J: (Mientras va armando su casa dice) ¡Me está saliendo bastante buena! me gusta cómo me está saliendo! ¡Si se me cae una carta la tiro toda abajo! (Me mira con preocupación. Mira su casa y la mía, ambas en construcción).

J: La tuya está bastante buena. (Con una mano aferra fuertemente una ficha de dominó. Recuerdo que en la sesión anterior había hecho una hilera de fichas delante de mi casa y al finalizar la hora, "por efecto dominó" destruyó mi casa).

A: Tus preocupaciones parece que tienen que ver con que así como vos pensás que cuando yo tengo algo lindo, que te gusta, a vos te da ganas de tirármelo abajo...

J: (interrumpiendo) ¡Y bueh! (se ríe).

A: Entonces pensás que cuando vos tenés algo lindo que te gusta yo te lo voy a querer destruir.

J: Es verdad (Tose) me dio tos.

A: Lo que te dije no te gustó y te lo querés sacar de adentro con la tos.

J: (Se le cae su casa. Insulta. Vuelve a intentar. Me mira de reojo).

A: Pero ¿un espíritu maligno te la quiere tirar abajo?

J. (burlándose) ¡Espíritu maligno!

A: Vos decís que es menos abstracta la cosa, que el espíritu maligno soy yo.

J: Acá puede ser que me agarre el espíritu maligno; en mi cuarto no porque es un santuario. Tengo todas estampitas de San esto, San lo otro, rosarios colgados... me falta poner eso que se pone para espantar a los vampiros... ¡ajos!

A: Para protegerte de que no te ataquen de noche... pero acá estás desprotegido.

J: Mi perra duerme conmigo de noche; si ve que alguien me toca ¡ataca!

A: Me estás diciendo que tenga cuidado (mi casa se cae y se ríe burlonamente).

J: ¡La mía es grande y la tuya se está cayendo a pedazos!

A: Yo creo que vos pensás que la tuya se agranda porque la mía se cae a pedazos... como si vos fueras el vampiro que me saca todo lo bueno de mi casa y por eso la tuya está mejor. (Me mira con susto)

A: Por eso te quedás muy asustado, temiendo que yo me vengue haciéndote lo que vos sentís que me hacés a mí.

J: ¡Estoy alerta! ¡Te miro para ver qué hacés! (Mirando su casa agrega:) ¡Me gusta!. Si se me cae esta parte de la casa se me cae todo, porque está todo apoyado sobre esta parte. (Sin embargo empuja la casa con una carta y comprueba que efectivamente se viene abajo).

A: Te la rompés vos antes que te la tire yo.

J: No. ¡La cuestión no es que sea grande sino que sea sólida!

A: Te asustaste. Creés que si tenés un pito grande te lo voy a sacar.

J: La parte de arriba se veía mal; quiero tenerla grande pero no un mamarracho.

A: Cuando ves que tenés un pito grande tenés miedo que no me lo pueda aguantar y te lo quiera sacar. Tu pito, tu cabeza...

J: Estoy alerta. Pero no es que estoy pensándolo todo el tiempo.

A: La actitud de alerta, de miedo, la tenés todo el tiempo. ¿O no?

J: Sí... la verdad que sí...

(Mi casa se viene abajo y Juan se ríe. Su casa, en cambio, sigue en pie. Mira mi derrumbe, mira su casa, y me mira preocupado).

A: Ahora yo soy Juan y me tengo que aguantar que otro pueda. ¡Me tengo que aguantar!

J: ¿Qué cosa?

A: ¡Las ganas de romper!

J: Si tenés ganas de rompérmela porque tengo algo bueno, ¡rompémela!

A: Vos querés saber si yo puedo aguantarme la rabia que me provoca tu pito poderoso y me desafiás, para ver si me aguanto.

J: Lo malo de estar tan alerta es que no vivo relajado; estoy tenso, con miedo, vivo con miedo, mirando a todos lados. (Mientras tanto,

va poniendo las fichas de dominó sobre la mesa, en hilera).

A: ¿Estás armando tu ejército?

J: No te la voy a tirar.

A: Por ahora apunta para otro lado.

J: ¡Por ahora! Por ahí te apunta pero no te va a matar. (Se le caen hacia él).

A: Tenés ganas de matarme pero esas ganas se te vienen en contra. Te hacés a vos lo que te da ganas de hacerme a mí.

J: ¡¡ Ya estarías muerto entonces!!... Lo que me pasa es que a veces me quedo con culpa. Vos armás una casa como el otro día y cuando te la tiro abajo me quedo mal después... Voy a esperar a que termine la sesión para tirártela.

A: O sea que cuando vos te vas de acá te quedás con la idea de que yo me quedo muerto.

J:(con evidente signo de preocupación) - Sí, pero cuando me abris la puerta de abajo sé que estás vivo; entonces puedo subir tranquilo.

Llegado hasta este punto seguramente el lector me habrá seguido para experimentar el dramatismo y la vivacidad en que la metáfora

freudiana del *campo de batalla* adquiere todo su valor. La “matanza activa” que se va desplegando en el campo transferencial dota de figurabilidad y emocionalidad al *ajusticiamiento in presencia* que Freud nos recomienda para el trabajo analítico centrado en la transferencia. El campo transferencial es ahora el tablero privilegiado para el desarrollo de un juego que conjugua el conflicto infantil, el conflicto actual y el transferencial. El padre muerto es nuevamente *ajusticiado*, ni *in absentia* ni *in effigie*, sino en esa actualidad ficcional a la vez que concreta de la realidad psíquica transferencial/ contratransferencial.

III. A MODO DE CONCLUSIÓN:

Planteé en mi introducción que la nosografía infantil ha tomado prestado nombres de la nosología adulta y que esto no contribuye a que se comprendan manifestaciones (patológicas o no) propias de la infancia. También traje a consideración que Freud, al referirse al tratamiento analítico con niños afirmaba que cuando en el tratamiento de un neurótico adulto se pesquiza el determinismo de sus síntomas, es habitual que seamos conducidos hasta la infancia. El conocimiento de las etiologías posteriores- nos decía- resulta insuficiente tanto para la comprensión como para el resultado terapéutico y nos obliga a familiarizarnos con las particularidades psíquicas de la infancia. Así nos enteramos de una multitud de cuestiones que no podían averiguarse por otro camino que el análisis, pudiendo corregir muchas opiniones generalmente aceptadas acerca de la infancia.

Si aceptamos la premisa de que psicológicamente el niño es un objeto diverso del adulto, categorías tales como *melancolía* o *duelo patológico* pueden oscurecer la comprensión que la muerte *real* de los objetos

primarios implica para la mente infantil. Dicho esto queda no obstante en pie el problema de cómo deben ser consideradas y nominadas las particulares vicisitudes del trabajo de duelo por las que se atraviesa en la infancia cuando se trata de la muerte de uno de los progenitores. ¿Cabe en la infancia hablar de la elaboración “normal” del duelo? Si así fuera, ¿a qué estaríamos llamando “normal”? ¿Elaboración normal implica que el objeto perdido devenga recuerdo y se torna patológico ese proceso si el yo se identifica con su objeto de amor? ¿Es que nuestros parámetros de normalidad deben tomarse de la psicopatología del adulto? ¿Necesitaremos nuevas categorías nosológicas? ¿Deberíamos “adaptar” la nosografía del adulto para trazar puentes de correspondencia entre lo infantil y lo adulto? ¿Deberíamos posponer este intento de elucidación para una etapa ulterior, vbg. post-pubertad?

Espero haber podido conducir al lector por un trayecto en el cual las orillas de la clínica y la de la teoría han corrido paralelamente, acompañándose e iluminándose recíprocamente. Si lo he logrado, podré entonces introducir una última perspectiva que a mi entender se abre a partir de lo expuesto en el desarrollo precedente y que retoma el título del presente trabajo: Duelo y parricidio: una contribución clínica a la problemática del duelo en la infancia. ¿Tiene alguna especificidad la problemática del duelo en la infancia?

Si volvemos a Juan, vimos cómo el proceso analítico fue recorriendo múltiples versiones de su historia, abriendo caminos de simbolización y elaboración psíquica constituyendo un claro progreso del análisis la posibilidad no sólo de alcanzar representabilidad mediante el dibujo, el juego y la reactualización transferencial sino además a través del logro de la adquisición verbal de

sus conflictos. Ahora bien, aún así, ¿es posible hablar en Juan de una elaboración del duelo durante la infancia? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de elaboración; a que la representación-padre devenga un recuerdo como tantos otros o nuevamente hemos quedado entrampados en las redes de lo que rige como *normal* para la adultez?

Quiero proponer, apoyándome en otros tratamientos de niños, que un duelo en la infancia es elaborable en tanto el trabajo analítico posibilita que sean semantizables fantasías y vivencias en torno del objeto perdido. Si aceptamos la hipótesis de que el aparato anímico no queda fraguado de una vez y para siempre, de que los deseos son inmortales y que bajo determinadas circunstancias los complejos infantiles ya superados pueden volver a cobrar vigencia debemos ser cautos.

El hallazgo clínico que nos plantean tanto Baranger como Bonnet respecto de que la representación del muerto ilustra el proceso elaborativo del duelo es válido en tanto dicha figurabilidad traduce, a mi modo de ver, la tramitación psíquica acontecida durante el proceso analítico. Pero mis observaciones clínicas me permiten considerar que *elaboración* en la infancia no está vinculado a que el objeto perdido devenga *una representación, un recuerdo como los demás, desactivado*. En el caso que aquí nos ocupa - la muerte real del padre- se asistiría a una situación paradójica. Por un lado, el proceso elaborativo posibilita que el aparato tienda a desinvertir aquella representación que devino hiperintensa y que el amor mitigue al odio. Pero al mismo tiempo, el yo no puede proceder a la matanza activa de un objeto que es no sólo objeto de identificación sino también soporte narcisista para un yo en desarrollo. Aún cuando el proceso elaborativo permita que el objeto muerto-vivo devenga

una representación no podremos contentarnos con postular que dicha representación quede *desligada de toda esperanza de reencontrar al objeto en el porvenir*. Por el contrario, lo que propongo como característico del duelo en la infancia es que el destino de la imago paterna debe permanecer disponible, conservarse activada, investida. El proceso elaborativo debe permitir que puedan ser simbolizadas las múltiples constelaciones afectivas que a ella se anudan sin que su destino inexorable sea el convertirse en *recuerdo*.

Durante la infancia el juego permite, invocando el principio del placer y

desdibujando los límites precisos que la realidad impone, dar curso a las fantasías de asesinato, parricidio y muerte en un escenario en el cual la dramática humana se recrea eternamente. La situación analítica abre la escena del teatro interior y la actividad lúdica sirve de metáfora que permite figurar las representaciones conflictuales reprimidas, incluso desmentidas. Parafraseando a Gutton, Juan sigue trágicamente el destino de Edipo. Será tarea de su proceso adolescente dessexualizar la violencia de sus pulsiones continuando el trabajo de subjetivación y de historicidad.



Este trabajo recibió el premio Elena Evelson, otorgado por la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires en 2001.

* **Sobre el Autor:** Psicoanalista, socio de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid; miembro del Comité Directivo y docente de la misma; Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires; Especialista en Niños y Adolescentes, otorgado por la Asociación Psicoanalítica Internacional.

BIBLIOGRAFIA:

- ABERASTURY, A. (1973): La percepción de la muerte en los niños. Rev. Psic. XXX
ARFOUILLLOUX, J.C. (1986): Los niños tristes. Fondo de Cultura Económica. México.
----- (1996): Depresión y depresividad en el niño. N. A. nº 9. Paidós.
BARANGER, W. (1961): El muerto-vivo: estructura de los objetos en el duelo y en los es-tados depresivos. Problemas del Campo Psicoanalítico. Bs. As. Kargieman.
----- (1980): Validez del concepto de objeto en la obra de M. Klein. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Bs. As. Kargieman.
DEL VALLE, E. (1986): La obra de Melanie Klein. T. II Lugar Editorial.
BONNET, M. (1992): Representaciones infantiles del muerto y destinos pulsionales. N. A. nº 2. Paidós. Bs. As.
CASAS DE PEREDA, M. (1995): Entre la desmentida y la represión. Psicoanálisis, nº 3.
FREUD, S. (1907): El poeta y el fantaseo. Bs. As. A. E. Tomo XIX
----- (1911): Totem y Tabú. A. E. Tomo X.
----- (1911): Observaciones Psicoanalíticas sobre un caso de paranoia. (Caso "Schreber"). A. E. Tomo XI.
----- (1911): Los dos principios del acontecer psíquico. Tomo XI
----- (1912): La dinámica de la transferencia. A. E. Tomo XII.
----- (1912): Consejos al médico. A. E. Tomo XII
----- (1914): Intoducción del Narcisismo. A. E. Tomo XIV.

- (1915): De guerra y Muerte. Tomo XIV:
----- (1917): Duelo y Melancolía. A. E. Tomo XIV.
----- (1919): Lo Ominoso. A. E. Tomo XVIII
----- (1923): El yo y el ello: A. E. Tomo XIX.
----- (1923): Una neurosis demoníaca del siglo XVII. A. E. Tomo XIX:
----- (1924): El sepultamiento del Complejo de Edipo. A. E. Tomo XIX.
----- (1926): Inhibición, Síntoma y Angustia. A. E. Tomo XX
----- (1927): Dostoyevsky y el parricidio. A. E. Tomo XX
----- (1927): Fetichismo. A. E. Tomo XXI.
----- (1933): Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.
----- (1938): La escisión del yo en los procesos defensivos. A. E. Tomo XXIII.
GRINBERG, R. y EVELSON, E. (1962): El niño frente a la muerte. Rev. Psic. XIX, nº 4.
GRINBERG, R. (1963): El duelo en los niños. Rev. Psic. tomo XX
GUTTON, Ph. (1993): Lo Puberal. Paidós. Bs. As.
HUG-HELMUT, H.(1912): El concepto de muerte en el niño. Rev Uruguaya de Psic. 88.
KLEIN, M. (1932): El Psicoanálisis de niños. O.C. Paidós. Bs. As.
----- (1932): Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos.
----- (1940): El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos. O. C. Tomo 2, Paidós. Bs. As.
LEVIN, R. (1995): El psicoanálisis y su relación con la historia de la infancia. Psicoanál, nº 3
MARCELLI, D. () La dépression chez l'enfant. Topique.
MIJOLLA-MELLOR, S. (1996) La meurtre comme une theorie sexuelle infantile. Topique.
PENOT, B. (1973): Etudes des dépressions infantiles. La Psychologie de l'enfant.Vol XVI.
PELENTO, M. (1998): Acerca del duelo. Bol. Científico, Apdeba, nº 3.
ROSOLATO, G. (1969): Ensayo sobre lo simbólico. Ed. Anagrama. Barcelona.